



Día del Seminario

cae en el más horrible anonimato: "Nadie" (¿Os acordáis de Polifemo?) será su verdadero nombre y el vacío habitará en su vida. *Aquí estoy para hacer tu voluntad*, dice Isaías. *Hágase en mí según tu Palabra*, dice María, que, al mismo tiempo aconseja, *haced lo que él os diga*. Pablo también, cuando es deslumbrado por la Presencia de Jesús: *Señor, ¿qué quieres que haga?*



El caso de Pablo no es excepcional en el asunto que venimos diciendo. Ver a Cristo es recibir de él un Nombre, una misión. En la mitad del evangelio de Mateo, cuando Jesús se marcha de Palestina y luego se reencuentra con los Doce en el entorno de Cesarea de Felipe, se dirige a ellos para arrancar una confesión de fe: ¿Qué opina la gente de mí?... Y vosotros, ¿por quién me tenéis? Pedro, sin duda iluminado y cegado por el Espíritu Santo, confiesa lo que en el fondo ignora: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo*. E, inmediatamente, Jesús reconoce y pronuncia el nombre oculto de Simón, el que el Padre le había puesto desde la eternidad: *Tú eres Pedro*. A continuación le revela su misión, lo que el Padre espera de él. Al cabo de

unos meses, tras su Pasión, el Señor se aparece en el Lago y vuelve a preguntar a Pedro: *Pedro, ¿me amas más que estos?* No le interroga sobre lo que piensa, sino sobre su amor, sobre su amistad. Y cuando Pedro responde por tres veces (tantas como negaciones) que le ama, Jesús le dice lo que quiere que haga: *Apacienta mis ovejas*.

El Día del Seminario es ocasión para que todos los cristianos (todos) midamos nuestro amor al Señor por el grado de sincera disponibilidad con que le preguntamos: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Ojalá lo hagamos y podamos escuchar la



respuesta que dé sentido y luz a nuestra vida.

Cordialmente,

Fdo.: Lorenzo Trujillo